

Kinetoscopio. México andando*

Con México sucede lo que con muchas ciudades coloniales, que además han pasado por gobiernos de distinta nacionalidad: cada uno deja su huella y de huella en huella resulta, a la postre, una fisonomía arquitectónica especial.

Por ejemplo, nos legaron los virreyes sus caserones como fortalezas; los frailes sus construcciones como inexpugnables castillos; los nobles, sus residencias faltas de gusto, pero abundantes en las comodidades de la época; el Imperio uno que otro monumento; las revoluciones, más de una ruina y los cabildos, reformas y reconstrucciones que bien pueden llamarse: caprichos de Ayuntamiento. El aspecto de los baratillos es singular; se revuelven y hermanan los objetos más distintos; una lámpara de hoy y un farol de ayer; un Cristo de pasadas centurias y un busto modernísimo en yeso, calumnia de cualquier belleza griega o romana. ¿La ciudad heroica de México no es, vista a vuelo de pájaro, un baratillo de calles y edificios y personas?

Aquí la torre musgosa de un templo; allá la bóveda de factura moderna, junto al cañón de un can[...] del tiempo de don Payo de Rivera, la cornisa de yeso copiada de un grabado del día; y muy cercanas, la azotea de pretil almenado y el techo en declive de un almacén provisto de buhardillas. Y ese total es, en suma, el retrato fiel de nuestro carácter... Lo

* Ángel de Campo, *Micrós*, "Kinetoscopio. México andando", *El Universal*, 2ª época, t. XIII, núm. 66 (25 de marzo de 1896): 1.

pensaba, no ya juzgando esta villa del nopal y el águila, ¡qué tal!, ¡hasta en su escudo tiene antítesis!, por sus alturas y fachadas, sino descendiendo a los pavimentos y al modo de pasearse sobre ellos. Porque no me parece lógico hollar el asfalto un tramo de cien varas para tropezar con los adoquines a las doscientas y despeñarse en viles empedrados con sólo dar vuelta a la derecha. Los pavimentos son, pues, otro dato para juzgar nuestra manera de ser, y esos pavimentos no se conservan porque la policía no se hace respetar de un público que profesa un falso aforismo, el aforismo que declara la calle de todo el mundo y para todos los usos.

Vamos por partes: siempre están en compostura, se prefiere tapar malamente un bache a emprender una obra duradera más económica, si se suma lo que importan las reposiciones superficiales; después se retocan las atarjeas y se levanta el tenducho de petates de un velador, rodeado de apisonadores y cubetas; el zapatero quita la loza del caño para... para nada, porque se le dio la gana; se atasca un carro o se descarrila un tranvía y ambos cocheros, como la calle es de todos, arrancan una piedra y palanquean con ella sus vehículos; el portero toma la suya para detener la puerta desnivelada del zaguán; se pelean dos valientes y convierten en arsenal bien surtido de cantos el campo de batalla, y ¡allá van las pedradas! Se deja que las gallinas escarben los hoyos, se consiente que la tortillera y la fondista y la inquilina de

accesoria hagan charcos de agua sucia frente a sus dominios y que los fabricantes de fincas, por una licencia, se declaren dueños de un lugar que el público necesita para transitar.

Andamos, pues, en todas las direcciones, menos en la recta: el coche pierde las ruedas, el carretón se atasca, el caballo se va de bruces y los transeúntes se “dan un encontronazo”.

Acostumbrados a evitar un precipicio aquí y a salvar un caño descubierto allá, rodear un montón de piedras y huir de un pedazo recién compuesto, no podemos andar como gentes civilizadas, en una misma dirección, evitando atropellos, sino como burros sin mecate, formando grupos en medio de la acera, interrumpiendo la marcha de los demás. Y el día que un gendarme (se llama gendarmes a los individuos encargados de cuidar el orden en la vía pública, prevenir los crímenes, evitar los escándalos, prestar auxilio a quien lo necesita, aprehender culpables, cuidar del aseo de las calles que les están encomendadas y facilitar al público la cómoda circulación). Tienen otros atributos y facultades que sería prolijo enumerar, usan uniforme y son respetados por todas las clases sociales, o se hacen respetar. En México se les llama germanes, tecolotes, soplones, genízaros, etcétera, etcétera, depresivos y soeces nombres que deberían castigarse con las penas más severas; quisiera intervenir, le responderían los coyotes en Plateros, los jóvenes elegantes que obstruyen las banquetas de las cantinas y casinos, las

señoras que chismosean frente a los escaparates, los pelados que almuerzan al borde de la banqueta, los lisiados que se arrastran pidiendo limosna, los ebrios que duran horas desplomados en tierra, los comerciantes que ponen sus mercaderías en el suelo y los vagos que andan por ahí baboseando, responderían todos a una voz:

—¡La calle es de todo el mundo! ¡A ver el número! Yo le enseñaré a ustedes a cumplir con su deber, gendarme desgraciado. Verá usted si mi tío W. no lo destituye. ¡Vaya usted al demonio!

Y por eso cada calle tiene aspecto de plazuela en día de feria, por eso parece baratillo y se da el caso en que la gente decente, es decir decentemente vestida, se baje de la banqueta para no perder un ojo porque dos cargadores están retozando, o dos tortilleras se desgredan.

Micrós